

HOMILÍA DOMINGO DE PASCUA

Santa María de Mahón, 4 de abril de 2021

La noticia de la resurrección de Jesús llenó de alegría el corazón de los discípulos y sigue inundando de gozo el corazón de los creyentes. Desde anoche en las iglesias de todo el mundo se escucha el grito gozoso de la Iglesia: Verdaderamente ha resucitado, aleluya. En el salmo hemos repetido: “Este es el día en que actuó el Señor”. Nuestro Dios no se quedó impasible ante la muerte ignominiosa de Jesucristo en la cruz, sino que respondió a su obediencia resucitándolo de entre los muertos. De esta manera rehabilitó al inocente ajusticiado y “lo levantó sobre todo” (Filip 2, 9). En verdad, en este día ha actuado Dios, mostrando que aquel crucificado era su hijo amado y aceptando su entrega que nos ha traído su perdón.

Realidad de la resurrección

La resurrección de Jesús no es una teoría, sino algo que aconteció realmente; no es un mito ni un sueño, no es una utopía sino una realidad. Jesús el Nazareno, el hijo de María, que fue crucificado y sepultado, ha salido vencedor de la muerte. Al amanecer del primer día de la semana Pedro y Juan encontraron la tumba vacía. Después, María de Magdala y otras mujeres tuvieron el primer encuentro con el resucitado. Y en la tarde de aquel mismo día también los Once pudieron gozar de su presencia.

Todos los relatos de los evangelios subrayan la realidad de la resurrección y, al mismo tiempo, nos advierten que sólo es posible ver a Jesús movidos por el amor y con los ojos de la fe. Esto quería decir también el evangelio que hemos escuchado. Juan y Pedro corren al sepulcro para ver qué ha pasado. Juan, que es el discípulo amado, llega al sepulcro y, cuando entra, cree. También Pedro acoge esta fe y se da cuenta de que ya la Escritura decía que tenía que resucitar de entre los muertos. El amor a Jesús y la fe en Él son los que conducen al encuentro con el resucitado. Algo parecido sucederá con María Magdalena o con los discípulos de Emaús, que acabarán reconociendo al resucitado en el hortelano o en el peregrino anónimo que les acompaña.

Si queremos acercarnos a este misterio, debemos dejar que la fe transforme nuestra mirada y que el amor nos ponga en camino para encontrarle. Entonces seremos capaces de repetir que Él verdaderamente ha resucitado, que la resurrección no es una quimera, sino el acontecimiento más importante de todos los tiempos.

Consecuencias de la resurrección

Efectivamente la resurrección de Jesús supone el comienzo de un mundo nuevo: un mundo que ha sido liberado de la muerte y de la esclavitud del pecado. Es posible vencer todo esto, porque Jesús de Nazaret libró la batalla con la muerte –como decía la secuencia- y se levantó triunfante. Ahora bien, este mundo nuevo pide hombres y mujeres nuevos. Dice San Pablo: “andemos en una vida nueva”. Si queremos participar del gozo y de la vida del resucitado, hemos de dejar atrás las esclavitudes que nos atenazan y el pecado. El orgullo, la autosuficiencia, las envidias, el odio,... todo eso es lo viejo, que ha quedado abolido y superado por Cristo. Ahora hay que abrirse al mundo nuevo. “Busquemos las cosas de arriba, donde está Cristo”, decía Pablo. El

mundo que inaugura el resucitado está dominado por el amor, la misericordia y el perdón.

Nuestra fe en la resurrección nos ha de conducir a colaborar con Él para construir ese mundo nuevo. La muerte ha sido vencida, pero aún queda mucha muerte en nuestro mundo, que es un signo de su antiguo dominio. Aún queda demasiado dolor, demasiada miseria y pecado. La pandemia que vivimos nos lo hace especialmente patente. Nosotros, unidos a Cristo y con la fuerza de su Espíritu, hemos de luchar para derrotar definitivamente la muerte, la injusticia, la pobreza. Esta es nuestra misión. Estamos llamados a poner vida, luz, esperanza. Así participaremos de la resurrección.

Somos testigos

Cuando, movidos por la fe y el amor, reconocemos que Jesús está vivo y experimentamos su amor, nos llenamos de sentimientos de alegría y felicidad. No hay nada como la certeza de haber encontrado la clave de nuestra vida, aquello que la colma de sentido y que la llena por completo. Pero en ese momento el discípulo se convierte en testigo, en alguien que, con su palabra y con toda su vida, va por el mundo contagiando el gozo de saber que Jesús está vivo. “Nosotros somos testigos”, decía San Pedro a los primeros convertidos. “Dios lo resucitó al tercer día”. A este testimonio nos unimos todos nosotros: Jesús está vivo y nos ama, nos ilumina, nos fortalece y nos libera.

Es necesario proclamarlo bien fuerte y con audacia. Creo que los cristianos tenemos demasiados miedos. El ambiente que respiramos no favorece el anuncio de nuestra fe; la cultura en que vivimos se ha cerrado a la trascendencia y dificulta proclamar la Buena Noticia. Todo esto nos acompleja y atenaza. Pero no podemos callar aquello que vivimos. Sabemos que nuestra palabra es fuente de esperanza y otorga plenitud a cada ser humano. Como aquellos apóstoles, repetimos: “Nosotros somos testigos”. Y lo hemos de ser en todo momento: en la familia y en el trabajo, en nuestras casas y en la calle. Y con todo nuestro ser: con nuestra palabra, pero sobre todo con nuestra vida.

Unidos a María

María participó de un modo singular del gozo de la resurrección. Ella, que permaneció valiente al pie de la cruz, y cuyo corazón fue traspasado por la espada del dolor, vivió también como nadie la alegría de verle resucitado. Así se ha expresado bellamente en el encuentro entre las imágenes de María y del Resucitado. Si permanecemos cerca de ella, también a nosotros llegará la alegría de su corazón y podremos contagiar a muchos de la paz y gozo que nos da la certeza de que Jesús está vivo, nos ama y no nos abandona.